

mas propiamente estructurales de la lengua aparecen dispersos entre una infinidad de problemas particulares de poca importancia.

JOSÉ G. MORENO DE ALBA

Centro de Lingüística Hispánica.

CARLOS CASTILLO y OTTO F. BOND, *University of Chicago Spanish dictionary*. Revisado por D. L. Canfield. University of Chicago Press, Chicago-London, 1972; 2ª ed., lix + 635 pp.

Después de tantos diccionarios bilingües español-inglés que se caracterizan, desgraciadamente, más bien por sus defectos que por sus virtudes, resulta alentador encontrar un diccionario como éste, preparado y revisado con sentido crítico. Por supuesto, es difícil que un diccionario bilingüe sea completo, aunque lo intente, sobre todo uno del inglés y del español, ya que ambas lenguas se destacan por su riqueza léxica. Castillo, Bond y Canfield tienen un objetivo más práctico y modesto: el de dar un instrumento preciso y manejable que satisfaga las necesidades cotidianas y normales del que trabaja con estas dos lenguas en el continente americano (es de menor utilidad para el traductor profesional que dispone de otros instrumentos de referencia).

Con ese fin los redactores se propusieron reunir las voces más esenciales y corrientes de los dos idiomas, incluyendo todas las que figuran en las listas de vocabulario básico preparadas por Juilland, Chang Rodríguez y Keniston. A las treinta mil palabras incluidas en la primera edición, ésta revisada añade otras dos mil (quinientas del español y mil quinientas del inglés) que comprenden principalmente términos técnicos y regionalismos de Hispanoamérica. Estos treinta y dos mil vocablos parecen pocos al lado de los ciento quince mil del diccionario de Williams (Nueva York, 1955), y de los cuarenta mil del diccionario de bolsillo de Fawcett y Follett (*World-wide Spanish dictionary* basado en la edición revisada de 1964 del diccionario de Fucilla). Si el diccionario de Chicago se destaca de otros bilingües es, entonces, por el número muy limitado de vocablos que registra, y por el rigor científico con que los define. Su utilidad depende de detalles tales como el empleo acertado de la abreviatura *Am.* para designar sólo los vocablos de uso general en la mayor parte de América, y aquellos americanismos que ya cayeron en desuso pero que se encuentran en las grandes obras literarias. Por supuesto, presentar en una forma práctica el vocabulario usado en América supone aplicar con precisión no sólo este criterio, sino también otro complementario: el de definir los demás "americanismos" indicando el país o el grupo de países donde se emplean. Creo que la labor del diccionario de Chicago es sobresaliente en este aspecto.

Otro rasgo distintivo del diccionario es su prólogo extenso y detallado. Se advierte allí que el diccionario se destina más al hablante de inglés que de español. Éste debe contentarse con una presentación muy sumaria de la gramática y de la pronunciación del inglés, mien-

tras aquél encuentra una exposición detallada de la gramática y de la pronunciación del español, un resumen de los orígenes y de las características principales del español americano, y también una lista de gentilicios, cuya formación resulta difícil a veces para el hablante inglés.

Cabe hacer algunas observaciones con respecto a la descripción del español americano, elemento original en el diccionario que debemos, sin duda, a la feliz influencia de Canfield. Presentar la realidad dialectal de Hispanoamérica en diez páginas me parece una tarea a la vez loable y problemática: loable porque pone al alcance de todos conocimientos generales del español americano y problemática porque se impone seleccionar ciertos rasgos "importantes" o "característicos" y dejar de lado otros. Por lo que respecta a la historia de la lengua, necesita ofrecer un panorama simplificado y hasta dar explicaciones allí donde el especialista sabe que no caben más que dudas y la posibilidad de teorías contradictorias. El autor del prólogo simplifica mucho, entonces, destacando el andalucismo y el conservadurismo como tendencias predominantes del español americano. De acuerdo con este enfoque, la aspiración de la /s/ implosiva, por ejemplo, se explica como resultado de influencias tardías (de los siglos xvii y xviii) que sólo llegaron a las áreas más accesibles de América. Se descuida por completo las cuestiones de norma y de niveles sociales.

Sigue a la parte histórica una breve descripción de los rasgos típicos de cada país, o, en ciertos casos, de cada grupo de países. Mencionaremos únicamente los tres párrafos dedicados a México, que no figuran entre los mejores. Se presenta la imagen de un país dialectalmente uniforme que se caracteriza por su entonación, su consonantismo y su /s/ larga y tensa, en contacto con la cual se pueden perder las vocales no acentuadas. No alcanzo a comprender, sin embargo, por qué se habla de entonación característica en el caso de México (que presenta por lo menos tres entonaciones regionales netamente distintas si nos referimos al país y no a la capital), y no en el de Argentina o Cuba. Luego, se mencionan *mero* y *puro* como adjetivos típicos de México, subrayando la popularidad del primero. Sería más exacto hablar de ciertos usos de esos adjetivos como típicamente mexicanos, y además netamente populares (en cuanto al nivel social en que ocurren) ya que su uso es raro en el habla culta. Creo que hubiera sido mejor representar alguna característica del español mexicano con ejemplos como los valores especiales de *hasta* y *siempre*. En fin, lo que se describe como mexicano son ciertos aspectos del habla capitalina; no hay referencia alguna al interesante dialecto de Yucatán, ni a la influencia de los dialectos mayas, lo que contrasta con las repetidas menciones de quechuismos y aztequismos.

En general, la presentación de la pronunciación del español es excelente; sería bueno advertir, sin embargo, que la *x* pronunciada [ks] ante consonante, como en *experiencia*, no es necesariamente indicativa del estilo afectado en Hispanoamérica. Al contrario, en varios países—entre ellos México—, tal pronunciación parece ser la norma. También se hubiera podido incluir, al lado de la pronunciación de *x* como [x] en *México*, la de [ʃ] en *Xola*, *mixiote*, *Uxmal*, etc.

Preparar los artículos de un diccionario implica tomar toda una

serie de decisiones sobre los principios a seguir. Por eso sería vano pretender examinar a fondo todos los aspectos del diccionario de Castillo y Bond. Si aceptamos, sin embargo, que el artículo ideal resulta de la combinación equilibrada de la cantidad de información obtenida y de la brevedad y precisión con que se expone, clasificaría el diccionario de la Universidad de Chicago entre los mejor redactados. Se evitan en sus definiciones aquellas voces inusitadas y arcaicas que el hablante reconoce como "lenguaje de diccionario", es decir, como un lenguaje poco natural que a veces ni siquiera comprende. Dentro de tal categoría caen, por ejemplo, *churl* y *merry-andrew*, que entresacamos de una definición en el diccionario de Velázquez (edición revisada por I. Navarro Hinojosa y M. Blanco-González, Follett, Chicago y Nueva York, 1966). Tampoco admiten Castillo y Bond ninguna definición agramatical o absurda de las que por descuido dejan pasar los redactores de algunos diccionarios.

El diccionario sobresale, como ya dije antes, en las áreas del vocabulario americano y de voces o acepciones corrientes o familiares; no encontraremos en otros diccionarios de esta clase mejores definiciones de voces como *cuate*, *cuico*, *chulo*, *elote*, *flete*, *formal*, *gringo*, *guagua*, *rancho*, *ruana*, *tortilla*. Sin embargo, no ayuda al hablante de inglés a distinguir entre el uso americano de *billete* y su uso peninsular más amplio, ni entre sinónimos, en los cuales uno de los términos se emplea con más frecuencia en América y el otro en España, como en los casos de *enfadar* - *enojar* o *papa* - *patata*. Advertimos unas cuantas incongruencias, como el hecho de que *bolígrafo* se da como traducción de *ball point*, pero no se incluye en la sección español - inglés, y nos sorprenden ciertas omisiones como *gajo*, *yuca*, y hasta *escuincle* aun cuando este último término sólo sea corriente en México. En fin, si es posible seguir señalando pormenores de este tipo, el hecho sólo viene a demostrar que no hay diccionario que no tenga imperfecciones para quien busca puntos que criticar. Lo que sí podemos afirmar es que, en el caso del diccionario de la Universidad de Chicago, las imperfecciones son relativamente muy pocas; creo que es el mejor que conozco dentro de su clase. La única sería desventaja que tiene, a mi modo de ver, es su precio, el cual, teniendo en cuenta el bolsillo del estudiante y no la calidad del diccionario, resulta excesivamente alto.

RODNEY WILLIAMSON

Universidad de Toronto.

FRED A. STAHL y GARY E. A. SCAVNICKY, *A reverse dictionary of the Spanish language*. University of Illinois Press, Urbana-Chicago-London, 1973; 181 pp.

Aun dentro de la lexicografía el término "diccionario" tiene muchos sentidos. En este caso se trata de una *lista de palabras*, ordenadas alfabéticamente a partir de la última letra de cada una: *a*, *aba*, *baba*, *ababa*... *chusma*, *husma*, *trauma*... *branquifera*, *olivifera*, *alcachofera*, *gallojera*, etc. Las palabras que se toman en cuenta son solamente las